

ARTE



XXXII

Ediciones de
Universidad Pontificia Bolivariana

P R E S E N T A C I O N

Por Pedro Restrepo Peláez

Cuando se habla de Ignacio Gómez Jaramillo, se debe hablar de pintura. Arte y artista se han ido fusionando de tal manera que me atrevería a decir: Ignacio vive en olor de pintura. Pocos —colombianos— han tenido una definición profesional más decidida y acorde con su temperamento.

Nacido en un medio en el cual las artes plásticas eran un remedo fiel del más pueril naturalismo, Gómez Jaramillo ha debido enfrentarse —a su primer regreso de Europa— con un público y una crítica que se extasiaba con las tarjetas postales. Hoy —si ese medio ha cambiado— ello se debe en gran parte al autor de estas obras. Su labor crítica, su profesorado, su quehacer estético, fueron penetrando en esa *Jungla-Cultural* fabricada con las malezas del más acendrado mal gusto.

Ignoro si Ignacio ha cosechado para sí algo de esa labor proselitista. Ignoro si él se siente hoy sereno e imparcial para juzgar los resultados de una experiencia artística que nació con sus pinceles no pocas veces convertidos en armas de combate. Porque no es nada fácil explicar el mundo ciego de la incomprensión, de la ignorancia.

He querido referirme más al medio en el cual ha actuado este precursor de la buena pintura colombiana, que a sus obras en sí. Y si asumo tal actitud, es porque considero que sus cuadros expuestos nos van a revelar su secreto, sin la ayuda de nadie. Cuando quien escribe haya terminado estas palabras, los cuadros empezarán a tener su vigencia, sometidos solamente —por nuestras atónitas retinas— a ese sexto sentido que —ni se adquiere ni se prodiga— y que se llama: sensibilidad estética. Porque la pintura —óigase bien— no es otra cosa que la ubicación exacta, armónica, del color sobre una superficie dada. Lo demás puede ser literatura, bello artificio de la palabra, teoría de la distracción. Comprender el valor de tal axioma, implica —como en el caso de Ignacio— una dolorosa experiencia. No en vano las sirenas del éxito fugaz, han ido corrompiendo el arte hasta llegar a convertirlo en una especie de retórica del color.

Pensar en la pintura como en una forma de expresar un hecho temporal es pensar anti-pictóricamente. Si el arte posee una jerarquía especial —muy superior a otras actividades de la inteligencia— ello se debe a su intrínseca condición de intemporalidad. El artista que dejó su huella en las cavernas de Altamira es tan moderno como Picasso, o como cualquiera de estos *genios* que a diario nos topamos por el mundo, precedidos del fervor publicitario.

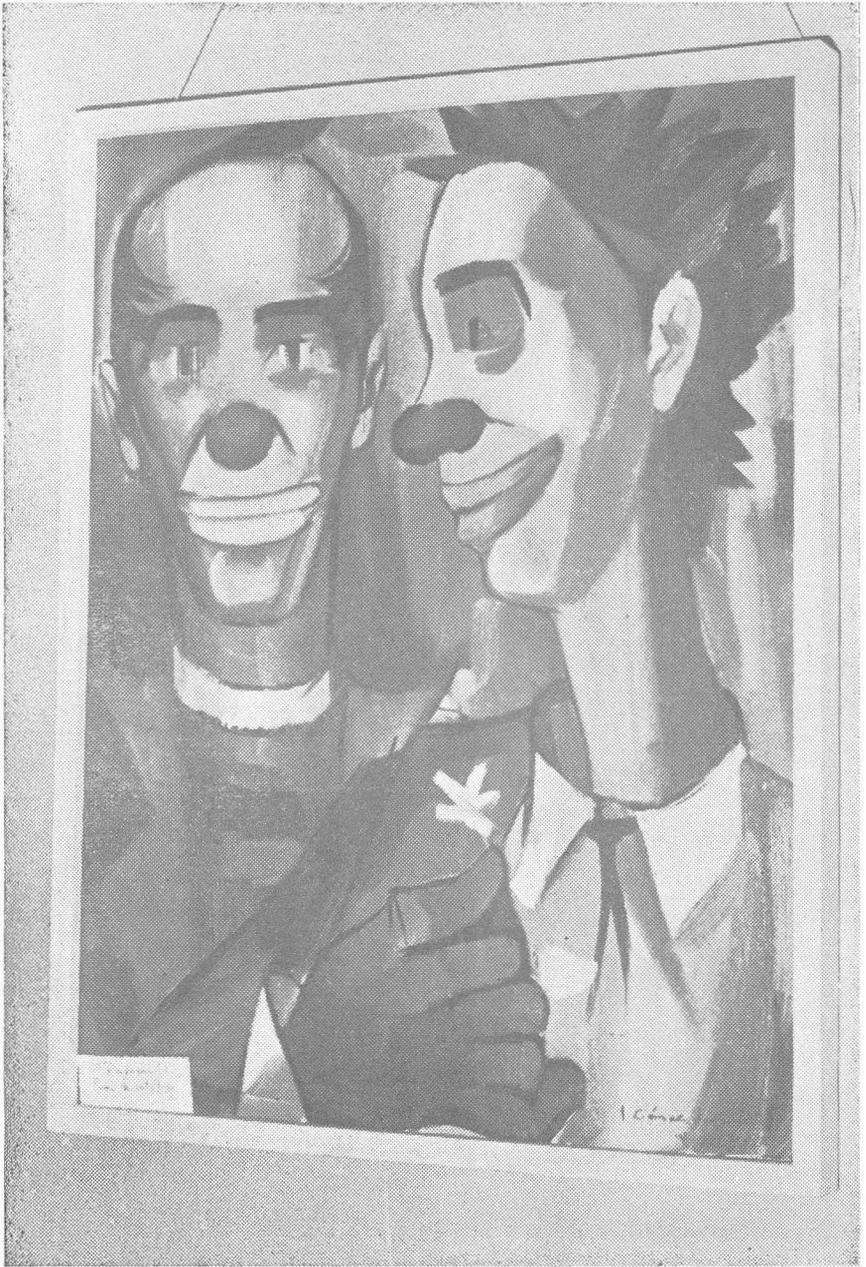
El pintor que hoy conciba la plástica como la demostración inequívoca de su talento fotográfico, está cumpliendo un itinerario de máquina perfecta. Y —desde otro ángulo—: el *artista* que para ser moderno se fija más en la fecha del calendario que en los colores, está condenado a ser el genio de un minuto.

No sé si la pintura de Ignacio va a gustar. La verdad resume en sí misma una cierta condición amarga que no pocas veces rechazamos para acogernos al mundo gratuito de la mentira. Volver los ojos a lo auténtico es iniciar con paso firme el via-crucis del arte puro. Todas las iglesias universales fijan como derrotero ético, la búsqueda de la verdad. En la hagiografía del arte también existe el apóstol. Apóstol fue Gauguín el solitario y Van Gogh el demente. Apóstol será todo aquel que tome una profesión y la convierta en verdad.

Vamos, pues, a ver estas verdades de Ignacio Gómez Jaramiño. Su verdad está ahí —en colores, y no en mis palabras—. Que esos colores nos digan su mensaje y ojalá salgan a cumplir la misión para la cual fueron creados: poner un toque de belleza sobre la fría desnudez de los muros.



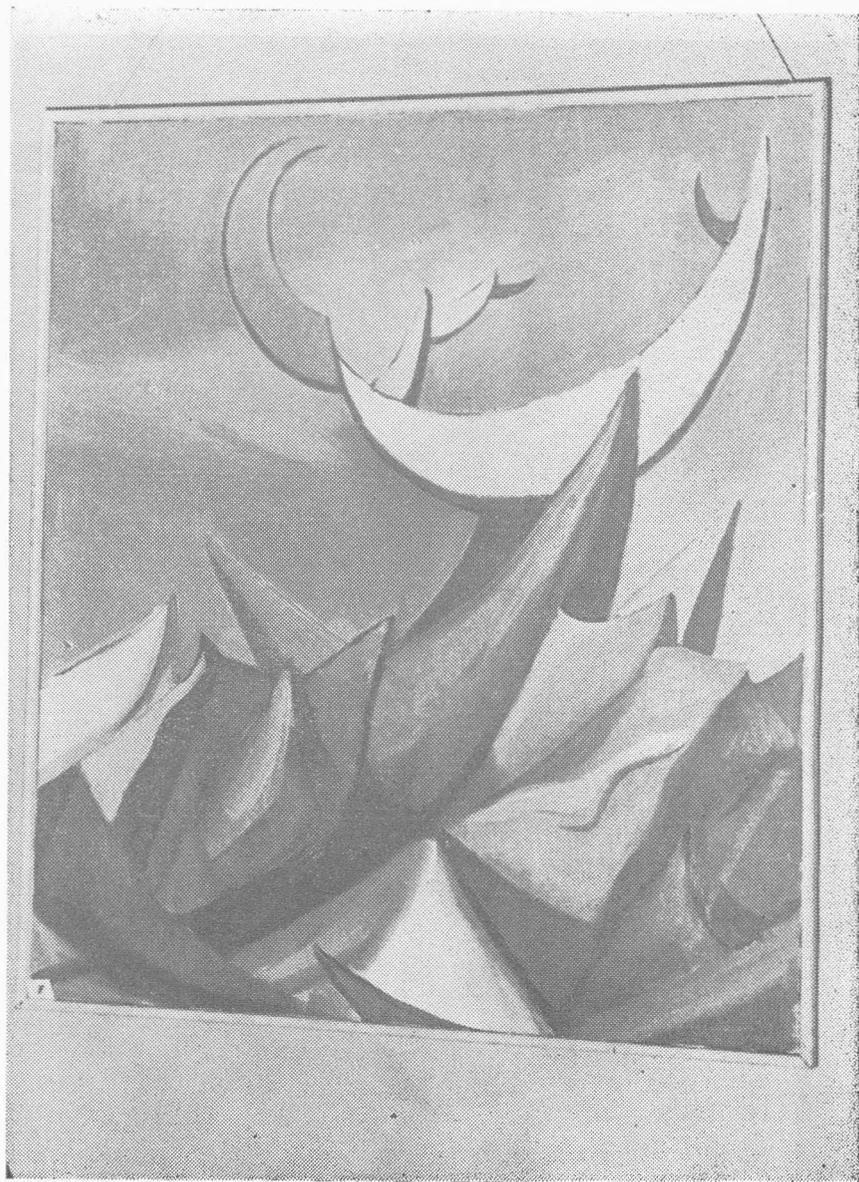
LA PEQUEÑA REFUGIADA



LOS PAYASOS



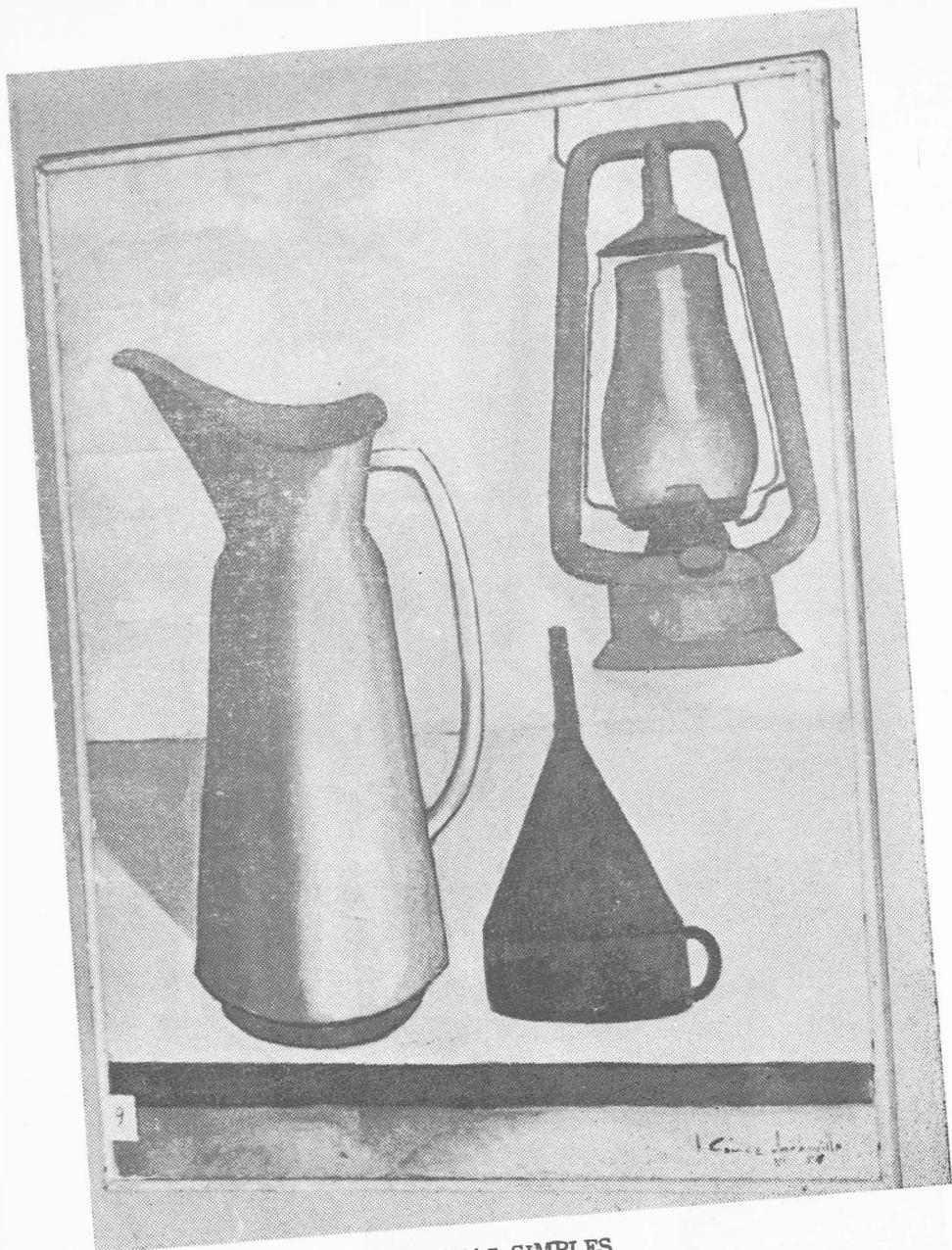
EL GALLO GARBOSO



COMPOSICION EN EL ESPACIO Nº 1



VENDEDORA DE PESCADO



COSAS SIMPLES